

La unión, la comunidad, el comercio entre los hombres se establecen mediante reglas sobre las relaciones concernientes á la voluntad, pero rara vez sobre relaciones tocantes á la inteligencia. Se podría llamar á las primeras relaciones de *fondo* y á las segundas relaciones de *forma*. De la primera especie son los vínculos de familia y parentesco, así como todas las relaciones fundadas en atención á un fin ó á un interés común, tales como las de profesión, posición, corporación, partido, facción, etc. En estos casos, en efecto, no se atiende más que á disposiciones é intenciones, pues la comunidad puede subsistir aun habiendo la mayor diferencia en las capacidades intelectuales de los individuos y en el grado de desenvolvimiento de ellas. Así, no sólo puede vivir cada uno en paz y concordia con su prójimo, sino que pueden también aliarse y trabajar de acuerdo para su bien común. El matrimonio es también una unión de corazones, no de cabezas. Pero no sucede lo mismo en la comunidad *formal* que tiene por fin el cambio de pensamientos, el comercio intelectual, y que exige cierta igualdad en las facultades intelectuales y en la instrucción. Una gran diferencia en este punto abre un abismo infranqueable entre los hombres; abismo que observamos entre un gran ingenio y un necio, entre un sabio y un rústico, entre un cortesano y un marinero. A seres tan heterogéneos les cuesta trabajo entenderse cuando se trata de un cambio de pensamientos, de ideas y de puntos de vista. Sin embargo, podrá existir entre ellos una estrecha amistad material; podrán ser aliados, conjurados, asociados fieles, pues, para todo aquello que concierne únicamente á la voluntad, y de esta naturaleza son la amistad, la enemistad, la probidad, la fidelidad, la falsedad y la traición, son

aquellos perfectamente homogéneos, de la misma manera, y ni la inteligencia ni la instrucción bastan para diferenciarlos en este respecto; por el contrario, ocurrirá con frecuencia que en aquel terreno el ignorante avergonzará al sabio y el marinero al cortesano.

Con los grados más diferentes de instrucción subsisten las mismas virtudes y los mismos vicios, las mismas emociones y las mismas pasiones, y todas estas inclinaciones, aun estando ligeramente modificadas en su forma de manifestarse, se reconocen mutuamente en seguida en los individuos más heterogéneos; los semejantes se atraen y los contrarios se repelen.

Las facultades brillantes del ingenio despiertan admiración; pero no excitan la simpatía, reservada para las cualidades morales, para las condiciones del carácter. Cada cual elegirá mejor por amigo á un hombre honrado y benévolo, ó si se quiere, á un hombre conciliador é indulgente que á otro que sólo se distinga por su inteligencia. Hasta será preferido á un hombre muy ingenioso é inteligente otro que no lo sea, por cualidades insignificantes, accidentales, completamente exteriores, pero que nos son simpáticas. Sólo el que tiene mucho talento gusta de la sociedad de los hombres de ingenio, pero otorgará su amistad con arreglo á las cualidades morales y sobre éstas basará su verdadera apreciación de cada hombre, bastando un solo rasgo de bondad de carácter para borrar ú ocultar á sus ojos las mayores imperfecciones de la inteligencia. La bondad reconocida de un carácter nos hace indulgentes y sufridos para con las debilidades del espíritu, como lo somos con los viejos que caen en la chochez y vuelven al estado de infancia. A un carácter indudablemente elevado nos parece que no le falta nada, aunque carezca de capa-

idad intelectual y de instrucción; y en cambio, el mayor talento acompañado de serias tachas morales, es siempre censurable.

Así como las antorchas y los fuegos artificiales paldescen y se eclipsan ante el sol, así la inteligencia, el ingenio y hasta la belleza, quedan eclipsados y relegados á la sombra por la bondad de corazón. Cuando ésta existe en alto grado, suple tan bien las otras cualidades, que nos causaría rubor echarlas de menos. La inteligencia más limitada y la fealdad más grotesca se transfiguran cuando la bondad las acompaña y habla en ellas; el resplandor de una especial belleza de condición más elevada rodea á la bondad, que expresa una sabiduría ante la cual toda otra clase de saber tiene que guardar silencio. La bondad de corazón es una propiedad trascendental; pertenece á un orden de cosas que conduce más allá de esta vida y es inconmensurable con cualquier otra perfección, sea la que quiera. Cuando reside en un corazón le ensancha tanto, que le hace abarcar el mundo; todo penetra en él; nada queda excluido, pues identifica todos los seres con su propio ser.

Por eso infunde, respecto de los demás, esa indulgencia infinita que de ordinario sólo tenemos para con nosotros mismos. Un hombre de esta índole es inaccesible á la ira; cuando sus defectos intelectuales ó físicos provocan la irrisión ó la burla de los demás, es á sí mismo á quien en el fondo de su corazón hace el cargo de haber provocado las burlas, y sin necesidad de violentarse, sigue siendo con aquéllos tan benévolo como antes, con la esperanza de que volverán de su error y se reconocerán á sí mismos en el que era objeto de sus burlas. Al lado de esto, ¿qué pesan el talento y el genio?, ¿que vale un Bacón de Verulamio?

Si analizamos nuestra apreciación de nuestro propio ser, llegaremos á un resultado idéntico al que nos ofrece nuestra apreciación de los demás. ¡Qué distancia inmensa separa la satisfacción de sí mismo, desde el punto de vista moral, del contento desde el punto de vista intelectual! Experimentamos la primera cuando echando una ojeada retrospectiva sobre nuestra conducta, vemos que hemos sido leales y honrados á costa de duros sacrificios, que hemos perdonado á muchos, que hemos sido mejores para con los demás que ellos para con nosotros, y que podemos decir, en fin, con el rey Lear: «Soy un hombre contra quien se ha pecado, pero que no ha pecado»; mas sobre todo nos complace que brille alguna acción generosa entre nuestras reminiscencias.

Una gravedad profunda acompaña á la alegría serena que nos da esta revisión de nuestra existencia; y si los demás resultan inferiores á nosotros, no nos vanagloriamos de ello; lo deploramos y hacemos votos sinceros porque sean como nosotros.

¡Qué diferencia cuando estudiamos la influencia que nos produce el convencimiento de nuestra superioridad intelectual! La nota que domina entonces en nosotros, es la contenida en aquel aforismo de Hobbes, que he citado hace poco. Una vanidad soberbia y triunfante, un desdén irónico y arrogante hacia los demás, un cosquilleo delicioso dimanado de la conciencia de una grande y real superioridad, muy parecida á la vanidad que inspiran las prendas corporales; tal será el resultado. El contraste entre ambas clases de satisfacción de sí mismo, muestra que la una concierne á nuestra verdadera esencia íntima y eterna, y que la otra sólo versa sobre ventajas más bien exteriores, temporales, casi puramente corporales. Y, de hecho,

la inteligencia no es más que la función del cerebro, mientras que el hombre entero, su ser y esencia, son la función de la voluntad.

Si echando una mirada en torno nuestro recordamos el ὁ βίος βραχύς, ἡ δὲ τέχνη μακρά (*vita brevis, ars longa*); si consideramos cómo son arrebatados por la muerte bruscamente los mayores y más bellos ingenios cuando apenas han alcanzado la plenitud de sus facultades creadoras, ó los sabios más eminentes cuando acaban de penetrar en el corazón de la ciencia, nos será forzoso reconocer que la existencia no tiene un fin ni una significación intelectual, sino una significación y un fin moral.

La diferencia radical entre las cualidades intelectuales y morales se manifiesta también en que la inteligencia se halla sometida, por la acción del tiempo, á cambios importantes, que la voluntad y el carácter no tienen que temer.

El niño recién nacido no hace uso de su entendimiento; pero desde los dos primeros meses lo adquiere dentro de los límites de la intuición y de la aprehensión de las cosas exteriores. He expuesto detalladamente este *processus* en mi tratado *De la vista y de los colores*, pág. 10 de la segunda edición.

Este primer paso, que es el más importante, va seguido de otro progreso mucho más lento, que se efectúa, por lo general, á los tres años; es á saber: el desarrollo de la razón, llegando al lenguaje, y por conducto de éste al pensamiento. Con todo, en la primera infancia es muy limitado el desarrollo de la inteligencia, principalmente porque el cerebro no ha adquirido todavía su perfección física, la cual, tanto por lo que hace al volumen, como al desenvolvimiento de los tejidos, no se logra hasta los siete años. Mas para

que el intelecto entre enérgicamente en actividad, necesita del antagonismo del sistema genital; de ahí que esa actividad no comience hasta la pubertad. Con esto la inteligencia no ha adquirido todavía más que la mera *facultad* de desenvolvimiento psíquico: para lograr dicho desenvolvimiento, se requieren el ejercicio, la experiencia y la instrucción. Apenas desprendido de la simpleza infantil, el espíritu cae en los lazos de innumerables errores, de prejuicios, de quimeras, á veces de la índole más absurda y más grosera, errores á que se aferra obstinadamente hasta que la experiencia se los va arrancando poco á poco; algunos de estos errores desaparecen sin que nos demos cuenta de ello; pero todo esto exige mucho tiempo, y aunque se considere al hombre mayor de edad á los veinte años, hasta los cuarenta no alcanza la madurez completa.

Pero mientras este perfeccionamiento psíquico, ayudado por las condiciones exteriores, va efectuándose, la energía física, interior, del cerebro, comienza ya á decaer. Esta energía, en efecto, llega á su punto culminante hacia los treinta años, pues depende de la afluencia de sangre y de la influencia de las pulsaciones sobre el cerebro, del predominio del sistema arterial sobre el sistema venoso, de la delicadeza de las fibras cerebrales todavía frescas en esa edad, y también de la potencia del sistema genital. Desde la edad de treinta y cinco años esa energía cerebral ofrece señales de un ligero decrecimiento, que se acentúa cada vez más por el progresivo predominio del sistema venoso sobre el sistema arterial y por la consistencia de las fibras cerebrales, cuyo tejido se va haciendo más firme y espeso; este decrecimiento sería aún más sensible si no hallara un contrapeso en el perfeccionamiento psi-

quico procedente del ejercicio, la experiencia y el aumento de los conocimientos, así como de la habilidad adquirida para servirse de ellos. Por fortuna, este antagonismo se prolonga hasta edad avanzada, y el cerebro puede ser comparado á un violín que se perfecciona con el uso. Sin embargo, la energía primitiva de la inteligencia, fundada enteramente en las condiciones orgánicas, sigue decreciendo lentamente, pero sin interrupción; la facultad de concebir prontamente, la imaginación, la plasticidad del espíritu, la memoria, se debilitan sensiblemente, y la decadencia va adelantando paso á paso hasta llegar en la ancianidad avanzada á la chochez, á la pérdida de la memoria, á una semi-inconsciencia y al estado de completo retorno á la infancia.

La voluntad no se halla sujeta á este nacimiento, á este desarrollo ni á estas variaciones. Desde el principio al fin es inmutablemente la misma. El querer no requiere estudio como el conocer; se practica desde un principio á la perfección. El recién nacido gesticula violentamente, se agita y grita; quiere enérgicamente, aunque no sabe todavía lo que quiere; pues el *medium* de los motivos, la inteligencia, no está desarrollada aún. La voluntad ignora todavía el mundo exterior donde se encuentran los objetos apetecibles y se agita en las tinieblas como un preso entre los muros y las rejas de su cárcel. Pero poco á poco se hace la luz y bien pronto aparecen las primeras líneas del querer general del hombre, y al mismo tiempo la modificación especial, propia de cada individuo. Al principio, el carácter se dibuja con rasgos débiles y dudosos, debido al servicio imperfecto de la inteligencia, llamada á suministrar los motivos; pero el observador atento descubrirá bien pronto su presencia completa,

y no tardará el carácter en darse á conocer por entero.

Las líneas salientes del carácter, las que duran la vida entera, se señalan; las tendencias principales de la voluntad, las emociones que despertarán más fácilmente, las pasiones predominantes, se manifiestan. Así, la conducta del niño en la escuela significa, respecto de su futura conducta en la vida, lo que en *Hamlet* el drama mudo que precede al que va á representarse en la corte, y que se indica por medio de una pantomima con relación al drama mismo. Mas no sucede lo propio con las facultades intelectuales del niño, las cuales no dejan prever lo que serán más tarde; los *ingenia praecocia*, los niños precoces, suelen resultar, por lo general, hombres vulgares; el genio, en cambio, suele tener, durante la infancia, la concepción lenta, casi torpe, precisamente por que percibe profundamente las cosas. Esto nos explica por qué refferimos alegremente y sin reserva las tonterías y necedades de nuestra infancia; como Goethe, por ejemplo, nos cuenta que un día arrojó toda la batería de la cocina por la ventana (*Poesía y realidad*), pues todo el mundo sabe que estas cosas cambian con los años.

En cambio, jamás un hombre prudente descubrirá alguna mala acción, algún rasgo de astucia ó de malignidad de su juventud, pues comprende que sería un testimonio desfavorable respecto de su carácter actual. He oído referir que Gall, el frenópata y antropólogo, cuando necesitaba entrar en relaciones con algún desconocido, le incitaba á hablar de su juventud, para adquirir así alguna noción acerca de su carácter, pues éste no cambia. De ahí viene el que llevemos nuestro pensamiento con indiferencia, y á veces hasta sonriendo, hacia los actos de simpleza y de sinrazón de

nuestros primeros años, mientras que los rasgos de un mal carácter, nuestras acciones malas y culpables de la misma época se presentan ante nosotros mucho después como reconvenciones imborrables que agitan nuestra conciencia.

El carácter permanece invariable hasta la vejez más avanzada. Los achaques de la edad que minan progresivamente las facultades intelectuales, dejan intactas las cualidades morales. Un buen corazón hace amable y respetable al anciano, cuando ya su cabeza muestra los signos de debilidad que anuncian la vuelta al estado de infancia. La dulzura, la paciencia, la lealtad, el desinterés, la caridad, son cualidades que duran toda la vida y que la edad no destruye, pues se muestran intactas en todo momento lúcido del anciano decrepito, como el sol, en un día de invierno, se abre paso entre las nubes. De igual manera la malicia, el rencor, la codicia, la falsedad, la crueldad, el egoísmo y la malignidad de cualquier índole que sea, permanecen y duran hasta la edad más avanzada. ¿Creeríamos al hombre que nos dijese: «fui en otro tiempo un bribón, pero ahora soy un hombre noble y honrado»? ¿No nos reiríamos de él? Walter Scott ha pintado admirablemente en su *Nigels Fortunes* un viejo usurero, en el cual la sórdida avaricia, el egoísmo y la injusticia se muestran todavía en pleno vigor, como plantas venenosas de otoño, y se manifiestan con vehemencia, cuando la inteligencia ha caído ya en el estado de infancia.

Las únicas mudanzas que experimentan nuestras inclinaciones son aquellas que provienen directamente de la disminución de las fuerzas físicas, y, por consiguiente, de la menor aptitud para los goces; á la voluptuosidad sucede la lujuria degradada, á la fastuo-

sidad la avaricia, á la vanidad la ambición, de igual modo que antes de barba tenemos bozo y que tras las canas viene el tinte. Mientras todas las fuerzas orgánicas, la potencia muscular, los sentidos, la memoria, el ingenio, la inteligencia, el genio, se gastan y embotan con la edad, la voluntad sólo permanece intacta é inalterable; sólo el impulso y las inclinaciones del querer permanecen idénticos. En algunas cosas la voluntad hasta se muestra más resuelta cuando envejecemos, v. gr., en el apego á la vida, que, como es sabido, se hace más fuerte á medida que pasan los años. Y también aumenta la firmeza y perseverancia de sus decisiones, haciéndose más obstinada, lo cual se explica porque la receptibilidad de la inteligencia para nuevas impresiones se debilita, y, por tanto, disminuye la facilidad de que la voluntad pueda moverse por nuevos motivos: de ahí lo implacable de la ira y el odio de los viejos.

La cólera del joven es como fuego de ligera paja;
la cólera del viejo como candente hierro.

(Balada antigua.)

Meditando atentamente estas consideraciones, se ve que, por una parte, la inteligencia, después de haber recorrido la larga serie de sus desenvolvimientos graduales, se encamina hacia la decadencia como toda cosa física, y que, por el contrario, la voluntad no sigue esta marcha sino en tanto que tiene que luchar en sus principios con el desarrollo imperfecto de la inteligencia que es su instrumento, y al final con la decrepitud de ésta; pero en sí misma surge perfecta y permanece invariable, independiente de las leyes del tiempo y de las condiciones temporales de crecimiento y decadencia. Por ahí puede verse que es de esencia metafísica y no pertenece al mundo fenomenal.

9) Las palabras *corazón* y *cabeza* que todo el mundo emplea y comprende perfectamente, tienen su origen (en esta aplicación suya) en el convencimiento de la diferencia en cuyo examen nos ocupamos; estas expresiones, tan precisas como significativas, las hallamos en todas las lenguas. *Nec cor nec caput habet*, dice Séneca hablando del emperador Claudio. El corazón, ese *primum mobile* de la vida animal, ha sido escogido con razón como símbolo y sinónimo de la voluntad, para designar esta sustancia de nuestro fenómeno, en oposición á la inteligencia, simbolizada por la *cabeza*. Al corazón se atribuye todo lo tocante á la voluntad en la acepción más amplia, como el deseo, la pasión, la alegría, el dolor, la bondad, la malignidad, así como lo que se entiende por predisposición, ó lo que Homero llama *φιλον ήτορ*. De conformidad con esto, se dice: Fulano tiene mal corazón; esto sale del corazón; aquello le ha dado un golpe en el corazón; eso parte el corazón; el corazón sangra; el corazón se llena de alegría; ¿quién puede leer en el corazón humano?; esto desgarrar, rompe, conmueve ó eleva el corazón; un corazón duro, un corazón tierno. Zutano tiene corazón, ó es todo corazón; un corazón cobarde, etc.

A los negocios de amor los llaman los franceses asuntos del corazón, porque el instinto sexual es foco de la voluntad, y la selección en esta materia es el negocio capital de la voluntad natural del hombre; expondré la razón de ello detalladamente en un capítulo del libro IV. Byron, en el *Don Juan*, satiriza á las mujeres, para las cuales el amor es asunto de la cabeza, no del corazón.

Por el contrario, se entiende por cabeza todo lo referente al conocimiento; de ahí frases como un hom-

bre de cabeza, una buena ó mala cabeza, perder la cabeza, conservar serena la cabeza, etc. El corazón y la cabeza compendian todo el hombre, pero la cabeza está en segundo lugar, en la parte derivada, no es el centro, sino la floración suprema del cuerpo. Cuando muere un héroe, su corazón, y no su cabeza, es lo que se embalsama; en cambio, se conserva el cráneo de los poetas, de los artistas y de los filósofos. En la Academia *di San Lucia* se creía conservar el cráneo de Rafael, pero se ha demostrado recientemente que no era auténtico. En Stokolmo se vendió en 1820 en pública almoneda el cráneo de Descartes (1).

También vemos expresada en la lengua latina, hasta cierto punto, la verdadera relación entre la voluntad, la inteligencia y la vida. La inteligencia se denomina en esta lengua *mens* (*νοος*); la voluntad *animus*, que se deriva de *anima*, y ésta de *ανημων*. *Anima* es la vida misma, el soplo *ψυχη*; pero *animus* es el principio vivificante y á la vez la voluntad, el sujeto de las inclinaciones, de las intenciones, de las pasiones y las emociones; así: *est mihi animus, fert animus* significa deseo, lo mismo que *animi causa*, etc. En griego es el *θυμος*; es decir, el temperamento y no la cabeza. *Animi perturbatio* es la emoción, *mentis perturbatio* la enajenación mental. Se agrega el atributo *immortalis* á *animus*, pero no á *mens*. Tal es la regla que puede sacarse de la mayoría de los textos, aunque, sin embargo, no podía menos de suceder tratándose de nociones tan cercanas que se confundieron algunas veces las especies. Respecto á la palabra *ψυχη*, los

(1) *Times* del 18 de Octubre de 1845; extracto tomado del *Athenaeum*.